

Jorge Ibargüengoitia o la sinceridad del humor

Esther Martínez Luna

Era un hombre fundamentalmente alegre: llevaba el sol adentro.

Jorge era agudo, dulce y alegre.

Joy Laville

Tengo la certeza de que la obra de Jorge Ibargüengoitia comenzó a cobrar mayor relevancia en nuestra vida cultural y literaria a partir de dos momentos: el primero, cuando en 1969 fue invitado por el periodista Julio Scherer a colaborar en las páginas del diario *Excélsior*; el segundo, después de su trágica muerte, ocurrida en 1983.

Refiero estos dos momentos porque, si bien es cierto que Ibargüengoitia ya tenía en su haber varios libros publicados y un par de premios importantes a cuestas, sus lectores eran escasos. El perfil público del escritor guanajuatense no podía compararse con el de otros autores de su generación; pongamos por caso a Carlos Fuentes, Juan García Ponce y Sergio Magaña. El hecho de publicar regularmente en un periódico de distribución nacional de la importancia política e histórica que había llegado a tener *Excélsior* amplió espectacularmente, sin lugar a dudas, su número de lectores y su aceptación.

Por ejemplo, recordemos que su experiencia en la dramaturgia no había sido del todo halagüeña; en cualquier caso, no del relieve que caracterizaría a sus amigos Luisa Josefina Hernández, Sergio Magaña y Emilio Carballido, a quienes cupo el honor de convertirse en los reformadores del teatro mexicano con-

temporáneo. Por un lado, su comedia *Susana y los jóvenes* tuvo un recibimiento frío. *Clotilde en su casa*, estrenada como *Un adulterio exquisito*, tampoco había corrido con buena suerte, y así otras tantas de sus obras dramáticas, a pesar de las becas y apoyos que había recibido para escribirlas, e incluso montarlas. Por otro lado, las críticas teatrales que publicó en *Universidad de México* sólo interesaron a los allí aludidos. El premio Casa de las Américas, ganado dos veces consecutivas, una en 1963 con *El atentado* y otra en 1964 con *Los relámpagos de agosto*, si bien le dio cierto desahogo económico y alguna notoriedad, no le dio el reconocimiento que esperaba.

En las páginas de *Excélsior*, Jorge Ibargüengoitia escribió, ininterrumpidamente, cerca de siete años. Desde el primer momento, Ibargüengoitia decidió hacer uso de un tono irónico y cáustico para cubrir con líneas ága-

ta las páginas editoriales del periódico; en una entrevista realizada por Aurelio Asiain, nuestro escritor recuerda su entrada en el diario:

Marco Almazán había salido del periódico y ellos necesitaban alguien que escribiera *artículos chistosos* (Fray Alberto Ezcurdia me había recomendado). Scherer me dijo:

—Quiero que usted escriba uno o dos *artículos humorísticos* a la semana, sobre los temas que usted quiera; le prometo, don Jorge, que todo lo que usted diga, mientras no vaya en contra de los intereses del periódico, será publicado. En resumidas cuentas quiero que haya un rincón de este periódico en el que usted se sienta a gusto y pueda hacer lo que se le antoje.¹

Con sus propias palabras, corroboramos que Jorge Ibargüengoitia era consciente, desde el momento en que recibió su encargo periodístico, de la manera cómo quería expresarse en su columna; el uso del humor, el sarcasmo y la ironía como recursos expresivos en sus artículos, obedecían a una intención más que clara. Sin embargo, no hay nada más absurdo que pensar que Ibargüengoitia escribía con el único y firme propósito de hacernos reír. No, su escritura no buscaba el chiste por el chiste mismo; la práctica del humor en nuestro escritor correspondía a una voluntad de estilo que lo hermanaba con una tradición literaria; tradición humorística que en México puede remontarse, al menos, a los inicios del siglo XIX.

Los artículos periodísticos de Ibargüengoitia se caracterizan por el humor ácido, por el humor negro y, sobre todo, por la sinceridad intelectual del escritor; incluso podríamos decir que todo humor en Ibargüengoitia procede directamente de su sinceridad. En este sentido, como otras veces se ha dicho, para la mirada sincera de nuestro escritor no hay héroes, sino personas de carne y hueso; las instituciones no son perfectas, fallan; la familia no es la mejor expresión de convivencia y armonía, sino un lugar de conflicto; las rebeliones sociales no siempre obedecen a la voluntad de los hombres, sino a la casualidad. Así, insisto, consciente de que el humor y el escarnio pueden revelarnos una faceta fidedigna de la

realidad, Ibargüengoitia fue construyendo su proyecto literario.

Los más de 600 artículos publicados por Jorge Ibargüengoitia en la época en que *Excélsior* era el periódico de lectura obligada para la sociedad mexicana sirvieron para que el guanajuatense hablara de una gran diversidad de temas, como la sucesión presidencial, las elecciones políticas, la universidad, las fiestas familiares, los servicios públicos y el tiempo libre, por mencionar algunos. Estos artículos no sólo se centraron en temas sensibles para el México de la época, sino que también son el producto de la evocación de algunos momentos que el propio escritor padeció y que recordaba sazónándolos con su aguda pluma. En cualquier caso, la mirada sincera de nuestro escritor siempre nos permite ver la realidad con una luz diferente.

En su columna bisemanal podemos encontrar un eco del malestar social que se vivía en nuestro país. Los sucesos estudiantiles del 68 no sólo estaban frescos, sino que se habían actualizado durante el echeverriato con motivo de la matanza de *Corpus Christi*, en 1971; la modernidad convivía con los niveles más altos de corrupción que el país haya conocido; la administración de Gustavo Díaz Ordaz aún era motivo de queja; el partido en el poder parecía robusto y saludable, aunque sujeto a un agudo escrutinio. Por estas razones, el gobierno de Luis Echeverría se planteó la necesidad de una relativa apertura democrática y un nuevo marco de relaciones con los intelectuales. En este contexto, el periódico dirigido por Julio Scherer se convirtió en uno de los interlocutores privilegiados del nuevo régimen. Por ello, se entenderá que las páginas de *Excélsior* sirvieron como una tribuna que permitió a Ibargüengoitia, junto con otros intelectuales mexicanos de primer rango, escribir lo que muchos miembros de la sociedad mexicana no podían decir en voz alta, pero que sin duda pensaban y padecían.

Con esto no se piense que Ibargüengoitia fue un revolucionario o un hombre de la izquierda mexicana; no, simplemente escribía y describía de manera fiel el mal funcionamiento de las cosas. El resultado de su sincero dictamen fue un retrato tan real y tan absurdo que provocaba un gesto de risa ante la herida social. Un gesto

Directorio

Dirección	Ricardo Pérez Montfort
Coordinación editorial	Horacio Ortiz
Edición	Isaac García y Javier Bañuelos
Corrección	Mario Carrasco Teja
Asistencia editorial (servicio social)	Marga Canseco Damián Maldonado
Diseño	Miriam Aguirre
Publicidad y ventas	Jazmín Flores Yarcé

AL PIE DE LA LETRA ES una publicación que se encarta junto con la revista *Universidad de México* sin costo. ISSN en trámite. Certificado de licitud de título en trámite. Certificado de licitud de contenido en trámite. Reserva de uso exclusivo en trámite. Impresión: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Oficinas de la revista: Lado Poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, CP 04510, México, D.F. Tels. 5616 2422, 5616 7211. Correo-e: reunimex@servidor.unam.mx
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. AL PIE DE LA LETRA acepta reseñas de novedades editoriales nacionales y extranjeras con una extensión no mayor a tres cuartillas (5700 caracteres).

de risa ante la impotencia de no poder romper la maquinaria del Estado ni la inercia de las costumbres sociales. Casi podríamos afirmar que, con sus artículos, Jorge Ibargüengoitia denunció lo absurdo de nuestras instituciones, convirtiéndose en un escritor parecido a Franz Kafka; sin embargo, a diferencia del checo, Ibargüengoitia se desbordó en humor. Un humor tan peculiar y destacable que más de un escritor mexicano ha querido imitarlo con resultados mediocres.

Resulta paradójico que mientras que en las páginas de *Excélsior* Ibargüengoitia ganaba la simpatía de sus lectores, él no viera con los mismos ojos su labor: "Como periodista uno escribe para un público muy concreto, un público muy ignorante en cuya imaginación no se puede confiar mucho. Hay que dejar todo muy claro, y, por otro lado, los artículos de periódicos se escriben en tres horas cuando mucho".² No obstante, justamente esta labor de "tres horas cuando mucho" fue uno de los instrumentos más importantes que le aseguraron al guanajuatense un lugar privilegiado en nuestras letras.

Si estas razones no fueran suficientes para reconocer la relevancia de esta labor periodística y literaria, no olvidemos que junto con Jorge Ibargüengoitia había otras colaboraciones de importantes personalidades que contribuyeron a crear un periodismo diferente en las páginas de *Excélsior*; baste mencionar a Daniel Cosío Villegas, Alejandro Gómez Arias, Pablo González Casanova, Gastón García Cantú, y caricaturistas de la talla de Abel Quezada. Por ejemplo, Octavio Paz publicó, como resultado de sus inteligentes colaboraciones en *Excélsior*, reflexiones sobre el autoritarismo del Estado mexicano que reconocemos en obras como *El ogro filantrópico*; otro tanto podría decirse de Daniel Cosío Villegas respecto de sus análisis sobre el presidencialismo mexicano y el partido en el poder.

En sentido estricto, las crónicas y los artículos que Ibargüengoitia publicó en el periodo del cual venimos hablando forman parte de esta familia de intelectuales que contribuyeron sustancialmente a la crítica y reforma de nuestra vida pública. Por ello, resulta fuera de todo propósito juzgar la obra periodística de nuestro autor como un repertorio de chistes o un catálogo de situaciones chuscas. En cambio, concedamos a estas páginas el lugar que verdaderamente les corresponde: uno de los testimonios más inteligentes de un periodo difícil en nuestra historia nacional. ©

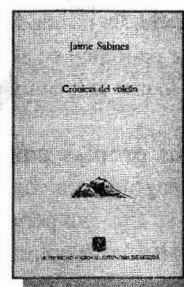
¹ Aurelio Asiain y Juan García Oteyza, "Entrevista a Jorge Ibargüengoitia", *Vuelta*, núm. 100, marzo de 1985, pág. 48. (Las cursivas son mías.)

² *Ibid.*, pág. 50.

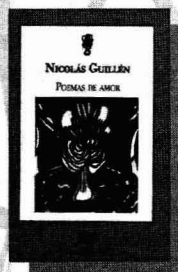
La lectura es un placer, disfrute de las novedades de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM



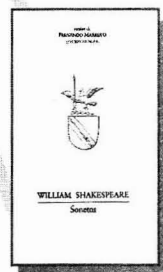
De Hardy a Haney
Antología de poesía inglesa
del siglo XX



Crónicas del volcán
Jaime Sabines



Poemas de amor
Nicolás Guillén



Sonetos
William Shakespeare



RED DE LIBRERÍAS UNAM

- CENTRAL, CU
Corredor Zona Comercial,
Ciudad Universitaria,
Tel: 56220271/56220276
- PALACIO DE MINERÍA
Tacuba 5, Col. Centro
Tel: 55181315
- JULIO TORRI
Centro Cultural
Universitario, Ciudad
Universitaria
Tel: 56227135
- JUSTO SIERRA
San Ildefonso núm. 43
Col. Centro
Tel: 5702 2774 ext. 225
- CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
Orizaba y Puebla,
Col. Roma,
Tel: 52079390

www.libros.unam.mx